



Mercado de la Ribera. BILBAO.

EL CHARCUTERO, SU MUJER Y EL HOMBRE DEL MALETIN

■ JOSE IGNACIO URRUTIA

Al comienzo de la calle Marzana, en Bilbao La Vieja, hay un jardincito con algunos árboles y bancos que miran sobre la ría. En esta parte baja de la ciudad, la ría discurre aguas abajo, aproximadamente hacia el oeste, y está atravesada por varios puentes cercanos entre sí. Desde el jardincito, y al otro lado de la ría, cimentado en su orilla y bañado lateralmente por sus aguas, puede verse un edificio extenso y macizo que, en aquel templa-

do amanecer, y con las ventanas iluminadas, semejaba un gran Casino en plena actividad. Detrás del edificio se erguía, negruzca a esa hora, la silueta puntiaguda del campanario de San Antón.

Sentado en uno de los bancos, Seve miraba pensativo hacia el edificio, hacia sus cristaleras, sus cortas columnas, sus escalinatas de piedra y metal, y el bullicio creciente que se iniciaba en la madrugada por sus alrededores. La intensidad de su mirada señalaba

alguna relación profunda entre él y el edificio. Era invierno, pero había soplado viento sur y la noche había sido templada. Como siempre que en Bilbao sopla viento sur, los humos y la bruma son arrastrados hacia el mar, la atmósfera queda desacomodadamente limpia y aumenta la luminosidad de las farolas y la nitidez nocturna de edificios y calles. Al otro lado de la ría, unas primeras siluetas grises empezaban a moverse entre los desplazamientos de vehículos con los faros aún encendidos. Pronto sería de día, y las bandadas de gaviotas comenzarían sus incesantes vuelos en círculos, avizorando los desperdicios comestibles que de aquel edificio se arrojaban al agua. Aquel edificio no era otro que el Mercado de Abastos de Bilbao, popularmente conocido por Mercado de la Ribera.

Seve, el hombre que miraba pensativo y concentrado hacia el mercado a aquella hora tan temprana, era corpulento y estaba protegido por un enorme abrigo azul. No era muy mayor, poco más de cincuenta años, pero por lo abatido de su figura se diría que estaba en el declive de su vida. Sin apenas haber dormido, salió muy temprano de su casa en la cercana calle Marzana, desasosegado e insomne. Aunque su aspecto habitual era el de corpulento y macizo, ahora presentaba un aspecto de encogimiento general. En los últimos meses había adelgazado, su cara estaba surcada por dos profundas arrugas verticales y sus labios habían disminuido de color y volumen, resumidos ahora en una permanente línea fruncida. En su mirada, antiguamente cordial y serena, había ahora estupor y tristeza.

Después de haber permanecido durante casi dos horas en aquel banco, se desperezó y bajó las escaleras que conducían al muelle de La Merced. Con las manos en los bolsillos del abrigo, paseó

lentamente por la orilla de la ría. Al otro lado del agua, y desde aquella perspectiva lateral, el mercado parecía ahora un enorme buque cuya línea de flotación la constituían las huellas de las mareas y la hilera de tuberías de desagüe. Pasó al lado de la lonja de Vicente y le llegó el olor de las especias. Poco a poco aumentaba la claridad del día. También aumentaba el número de gentes y vehículos que ya transitaban por el puente de San Antón. Subió unas escaleras de piedra que le dejaron sobre el mismo puente y enfiló hacia la Ribera. De las paradas de autobuses de la plaza de La Encarnación bajaban grupos de mujeres con buen humor que venían desde los pueblos a comprar a la capital. Algunas de ellas se dirigirían hacia los comercios del Casco Viejo y

→



otras al Mercado. A los oídos de Seve llegaron los comentarios joviales y en voz alta que se dirigían unas a otras, signos de movimiento y vida que no sintonizaron adecuadamente con su lúgubre ánimo.

La luminosidad fluorescente de una churrería, plantada frente a Simago, le llamó la atención y se decidió a comprar una docena de churros. Poco después se sentaba a una mesa, delante de un reconfortante café con leche en un bar próximo, desde



cuyos ventanales podía seguir viendo el edificio del mercado. Pensó que tenía que entrar en aquel mercado. Tenía que dejar de merodear por sus alrededores y atreverse al fin a encarar una situación en la que algo muy suyo estaba en juego. Un fugaz signo de determinación se dibujó en su semblante. Pensó que el café le daría fuerzas. Y así pasó un buen rato dándole vueltas a la cabeza y recordando lo sucedido en los últimos meses.

El hombre que ahora tomaba café en aquel bar de la Ribera nada tenía que ver con el hombre de buen humor que durante años había regentado el

mejor puesto de charcutería de todo el mercado. Cuando el comprador pasaba por el puesto de Seve advertía ese toque de gracia que presentan los trabajos hechos con dedicación y afecto. Una aureola de pulcritud y armonía brillaba en el conjunto: en el rosa nacarado de los embutidos frescos, en las ordenadas hileras de los curados con su pátina nevada; en la fragancia de los jamones; en la exquisita presentación en bandejas de los picadillos caseros; en la oscura voluptuosidad de las mor-

cillas; en la sobria amabilidad con que Seve y su mujer atendían a una clientela cautivada y agradecida. No digamos nada de esa parte que era la boutique del puesto, aquellas joyas de alta charcutería embasadas en relucientes recipientes de cristal que él mismo manufacturaba en su casa. Fueron famosas sus salchichas estilo Seve, codiciadas por los mejores restaurantes, y cuya fórmula secreta se la trajo de su juventud pasada en el sur de Francia, durante el exilio del padre. Allí aprendió el arte de los patés, los cocimientos de las carnes, la debida

debida dosificación de lo magro y la grasa, la sabiduría alquímica de las especias, la curación y ahumado de ciertos embutidos, o el adobo de jamones, costillares y pancetas.

Pero, como muchos artistas, Seve había sido una nulidad para el cálculo o para los negocios. Para los números, para la contabilidad, para las decisiones, para eso estaba su mujer. Ella había sido una mujer alta y de anchos hombros, típica matrona vasca que lleva las riendas de la casa. Seve había sido un hombre sencillo y trabajador con una curiosa mezcla de timidez y poder que coexistían en su figura y sus mo-

vimientos. Calificarlo como callado o de pocas palabras no le haría justicia. En realidad, era exquisitamente atento y amable con la clientela, captando instintivamente sus deseos, y le bastaban pocas palabras pero certeras para entenderse con todo el mundo. Era habitual verle concentrado, ya tuviese poca o mucha importancia lo que hacía.

Luisa, su mujer, algunos años mayor que Seve, inquieta y dominante, había tenido una relación intensa y más expansiva con la clientela, pero en el papel de maestra que da consejos o directrices. Estaba al tanto del reuma del marido de una clienta, o como crecían los hijos de otra, o de la situación de paro de la de más allá. Pero sobre todo, era la encargada de los números y llevar al día los costes y las ganancias, aspecto este del negocio del que Seve se desentendía absolutamente. Al ser ambos de caracteres tan opuestos, se habían complementado perfectamente en el negocio en el que ya llevaban más de veinte años.

Un día su mujer tuvo un desvanecimiento. Al despertar dijo algunas incoherencias y ni siquiera reconoció a Seve. Al día siguiente, fueron al médico, que le recetó unas pastillas contra la tensión y un régimen alimenticio. Dos semanas después tuvo otro desvanecimiento y su incoherencia posterior fue más alarmante. No, aquello no era un caso más de tensión alta. Algo estaba anidando en la cabeza de la mujer.

Las sucesivas recaídas de Luisa convirtieron los días de Seve en un continuo sobresalto, obligándole progresivamente a desatender su puesto en el mercado. Un par de meses más tarde la situación empeoró; la capacidad mental de su mujer se deterioró irreversiblemente (Seve recordaría para siempre ese momento a partir del cual no le volvió a oír una palabra más), y Seve intentó que le hicieran una intervención quirúrgica en Francia, con éxito nulo. Definitivamente, Luisa se había convertido en un vegetal que cada vez dependía más de



él para todas sus necesidades vitales. Seve sentía como si desde un pozo oscuro y sin fondo tironearan de él.

Pero Seve no era ese hombre práctico que va tomando soluciones parciales según se van presentando los problemas. O se dedicaba con toda el alma a una cosa, o se dedicaba a otra; pero no sabía entregarse a medias frente a dos cometidos a la vez. Eligió que debía permanecer al lado de su mujer. Y puso al frente del puesto a un sobri-



no con el que firmó un contrato de traspaso al que apenas prestó atención, creyéndose que lo natural era que fuese transitorio mientras su mujer estuviera en aquel estado. No tardó mucho Luisa en entrar en esa fase que el personal médico llama terminal, y falleció semanas más tarde.

Ahora, cuando Seve tomaba su café, hacía un mes que todo había concluido. Y Seve, después de pasar unas semanas en casa de sus cuñados reponiéndose, había vuelto a Bilbao a enfrentarse con lo que quedaba de su casa, lo que había sido su modo de vida y a su, temía Seve, esquilhada cuenta bancaria, pues pudo comprobar palmariamente, él que siempre estuvo alejado de las cuentas, lo caro que resulta enfermar, incluso lo caro que resulta morir.

Así, por fin, se incorporó para abandonar el bar, y se dirigió hasta la entrada del mercado. Pero cuando traspasó la puerta principal supo que algo no funcionaría y que la entrevista con su sobrino sería inútil. Atropelladamente, le asaltaron varios pensamientos, entre ellos el de la esterilidad de su matri-

monio, la falta del Buen Hijo que hubiera cambiado radicalmente la situación. Y por primera vez tuvo un reproche hacia su mujer. En su imaginación y como contestando a su reproche, ella le miró desde algún lugar que él percibió como elevado; seria, altiva y con los ojos fijos en los de él, en los cuales Seve creyó entrever algún tipo de enigma.

Sin embargo, siguió caminando como un sonámbulo por los corredores del mercado, abarrotados de gente ruidosa. Miraba fijamente hacia delante para evitar saludar a tantos conocidos. Llegó hasta su puesto. Una primera señal de alarma fue ver el cambio de nombre que figuraba encima del mostrador. También se fijó que aquel rincón que él había destinado siempre para sus más exquisitos productos de alta charcutería, estaba ahora ocupado por productos convencionales, algunos de importación, pero no los relucientes recipientes de cristal que hubo en otro tiempo. No estaba su sobrino, sino una chica joven, probablemente su mujer o novia, desconocida para Seve, y que estaba atendiendo a una cliente. Seve esperó paciente-

mente a que terminara. Después, la joven se volvió hacia él con una amplia sonrisa.

- ¿No está Ignacio? -preguntó Seve. La adúladora sonrisa de la joven, si cabe, aumentó de amplitud. A Seve no le gustó esa amabilidad calculadora de los primerizos.

-No está en este momento, pero ya le puedo atender yo. Dígame que desea.

Seve le dijo quién era y la sonrisa de la joven desapareció instantáneamente y se atrincheró en un desfachatado mutismo, como desconociendo a quien tenía delante y menos aún a lo que venía. Desde luego, no le invitó a entrar. Seve permaneció un par de minutos esperando, hasta que por fin decidió que había visto bastante y comenzó la retirada. Su intuición anterior, cuando traspasaba la puerta, resultaba cierta.

Evitó en lo posible quedarse hablando con sus antiguos compañeros, pero al pasar por el puesto de Amparo, la vendedora de aves, ésta salió a su encuentro y a Seve le llegó una oleada de afecto. La vendedora, viuda como él, antigua amiga de su mujer, y de las pocas personas de quien recibió ayuda en los meses de enfermedad, al verlo tan abatido le preguntó qué le ocurría. Seve dijo que se encontraba bien. Amparo, porfió en ofrecerse para lo que fuera, en vano. Seve, algo confundido, insistió en que se encontraba bien y dijo que tenía que marcharse a su casa. Y eso fue lo que hizo, caminó hacia delante, conmovido y extrañamente inquieto. Sin embargo, un sutil cambio se efectuaba en su ánimo.

Fuera cuando dejaba atrás el obsesivo mercado, o cuando volvía sobre sus pasos en la familiar calle Marzana, o cuando ya en su casa se sirvió una copita de orujo y se sentó en una butaca sin quitarse el abrigo, lo cierto es que hubo un instante en que Seve comenzó a considerar que era tal la vaciedad que encontraba a su alrededor, tan poco lo que tenía que perder, aún sabiéndose en esa edad peligrosa que no se puede optar a una jubilación y es muy difícil empezar de nuevo, tan cercado estaba por la nada, tan a cubierto por ella, que se sintió más fuerte que todo lo que le rodeaba.

No sabía que la mañana aún le reservaba im-



portantes sorpresas. Se había quedado amodorrado en el butacón cuando sonó el timbre de la puerta. Se sorprendió al ver que eran Amparo y un hombre con un maletín negro.

-Este hombre -dijo Amparo señalando al del maletín- le está buscando por todas partes y me he dicho: ya le acompaño yo hasta su casa, y aquí se lo he traído, que de paso quiero ver como se arregla usted y ver de hacerle algún apaño, que usted, Seve, buena casa tendrá...

Todavía algo dormido, Seve los hizo pasar. Cuando se había quedado adormilado en el butacón, había soñado que se enfrentaba a un personaje que se llamaba Ejecutor. Cuando vio a aquel hombrecillo que sostenía el maletín negro, Seve pensó: Ya ha venido. Sin embargo la escena parecía de lo más natural. Amparo le miraba con su habitual mirada confiada y el hombre exhibía una peculiar e inofensiva sonri-

Amparo entró a la cocina y murmuró algún comentario sobre el desorden de los hombres. Seve y el hombre de sonrisa de conejo quedaron a solas y Seve lo miró preguntándose cuando le diría lo peor. El hombre con sonrisa de conejo, y que se llamaba Uriarte, parecía tranquilo, pero hasta los verdugos (pensó Seve) llegan a efectuar su trabajo con la mayor naturalidad. El hombre abrió parsimoniosamente su maletín y fue sacando varios documentos que fueron colocados ordenadamente, y todo esto sin hablar palabra, sobre la amplia mesa del comedor a la que se habían sentado.

-Bien, bien, ahora le toca a usted -fue el preámbulo de Uriarte y Seve se preguntó a qué fatalidad se refería-. Quiero decir que ahora es Ud. el que tiene que afrontar con todos los asuntos que durante años he tratado con su mujer, que en paz descanse. Ya sabe a qué asuntos me refiero. Hay varios de ellos que requieren una solución lo más pronta posible

-Uriarte alzó la vista de los documentos, fijó sus ojos en los de Seve quien le miraba expectante, y continuó con tono admonitorio:

- Lamentablemente, hoy en día las leyes son cada vez más restrictivas y complicadas -Seve sintió que se le encogía el estómago-. Quizás sea mejor empezar por los alquileres que vencen en fecha próxima.



sa de conejo. Logró entender que se llamaba Uriarte y que se dedicaba a la contabilidad fiscal, término que a Seve le dio mal presagio.

Seve miró alarmado a su alrededor. ¿Tenía que pagar algún tipo de alquiler? Que él supiera aquella casa en la que ahora estaban era de su

propiedad, o al menos lo creyó siempre. Uriarte le miró unos momentos y Seve, confuso, tardó en contestar. En su mente se diseñaron dos frases; una de ellas era: Dígame qué se debe y acabemos cuanto antes. La otra frase era: Pero bueno vamos a ver; se decidió por la segunda, menos

Así que algo habrá que hacer con los pagarés forales y con todo lo demás.

-¿Los pagarés forales? -preguntó sorprendido Seve y ya iba a pronunciar el consabido Pero bueno vamos a ver, cuando Uriarte recalcó apresurado:



radical. Tomó fuerzas y cuando sus labios comenzaban a ejecutarla, Uriarte, que había interpretado su silencio como falta de decisión, tomó la palabra de nuevo.

-Bueno, bueno, ya me dirá usted algo. Tenemos tiempo para eso. Hablemos de otro tema. Ya sabe usted que ahora Solchaga está apretando las clavijas -Uriarte subrayó la alusión amplificando su perenne sonrisa de conejo y Seve tardó unos segundos en darse cuenta de que se refería al ministro de Hacienda. Dios mío, pensó, así que se trata de eso. Y en sus labios otra vez comenzó un intento desesperado de: Pero bueno vamos a ver, al tiempo que Uriarte introducía un nuevo concepto que añadió más confusión en la mente de Seve: -

-Los pagarés forales y todo lo demás. Hablemos claro, don Severiano. Ese dinero es más negro que el porvenir de la industria vasca.

-¿Dinero negro? -balbució Seve, y ya se vio escoltado por la policía, reo de algún delito del cual no tenía idea.

-Negrísimo -reafirmó Uriarte-. Pero no se alarme. Calma al obrero y vayamos al grano. Tiene Ud. dos alternativas. Una: debajo del ladrillo, ya sabe -y Uriarte hizo un gesto rápido simulando esconder una mano debajo de la otra-. Dos: hacer una Declaración complementaria antes de fin de año y aquí paz y después gloria. Yo le sugiero la comple-



mentaria; y me he permitido redactársela para que usted dé el visto bueno; porque ya me dirá que harían toda esa partida de millones debajo de un ladrillo...

Y esta vez, Seve, en vez de intentar decir aquello de: Pero bueno vamos a ver, simplemente dijo una palabra con tono suficientemente alto:

-Uriarte. -el aludido paró de hablar y le miró sorprendido; Seve continuó: -Mire usted, Uriarte, para mí es algo embarazoso lo que voy a decirle, pero Ud. ha tratado siempre todos esos temas de números y contabilidades con mi mujer, y yo no tengo ni idea de lo que me está usted hablando, así que le rogaría que empiece por el principio y así nos entenderemos todos.

-Ja -gesticuló Uriarte con su sonrisa de conejo ahora congelada, mirando a Seve con ojos incrédulos y muy abiertos; luego paseó su mirada lentamente por todos los papeles desparramados sobre la mesa; por fin volvió sus ojos a los de Seve: - ¿Quiere decirme que Ud. no sabe...?

No, no sabía nada de nada; ni palabra. Y Uriarte saliendo poco a poco de su desconcierto, comenzó a informarle de la fortuna que su mujer había amasado calladamente en los últimos años. Poco a poco, aquellos papeles desparramados sobre la mesa empezaron a te-

ner significado para el asombrado Seve. Pagarés forales, Bonos del Tesoro, participaciones en fondos de inversión gestionados por entidades bancarias cuyos nombres o siglas -alguno de ellos extranjeras- ni siquiera conocía, extractos de cuentas bancarias de las que nunca supo que existían, contratos de alquiler de varios pisos de su propiedad en Santuchu y San Adrián... Uriarte enfatizó hasta la saciedad las cualidades de estrategia financiera de la difunta Luisa, llamándola entre otros epítetos, genio clarividente. Todo había comenzado a principios de los ochenta, a partir de unos ahorros y una herencia de terrenos (de la



que Seve ni se acordaba], junto con unas operaciones brillantes en Bolsa ya mediada la década. Seve estaba asombrado y apenas podía articular algún que otro monosílabo, abriendo y cerrando la boca constantemente, mientras Uriarte le explicaba con cierto regusto todos los pormenores.

Entró Amparo cuando ya habían acabado las explicaciones. La mujer les preguntó si querían que les sirviese algo.

-Amparo -dijo Seve-, hágame el favor de traer la botella de orujo que hay en el frigorífico. Y usted, Uriarte, dígame que quiere tomar.

El hombre de la sonrisa de conejo dijo que tomaría un cafecito, aunque Seve insistía en que tomase algo más. Poco después, los tres a la mesa, efectuaron un extraño brindis: Seve con su vaso de orujo, Uriarte con su café y Amparo con una taza de leche caliente. Era aproximadamente mediodía, aunque Seve no tenía idea si era tarde o temprano, si era la mañana o la noche. Percibió en Amparo por primera vez la proximidad de la hembra, su rubor contenido de adolescente de cincuenta años. Quizás la vio como la nueva tierra fértil, después de que las aguas se retiran. Tomó un buen trago de orujo y sintió que era arrastrado por una poderosa marea, la cual no era más que una pequeña parte de vastos y eternos ciclos de fertilidad, crecimiento y muerte. Y entre todas las imágenes que vislumbró, una era la de verse a sí mismo en el mismo puesto de la vendedora de aves. Y en una esquina del mostrador estaban sus recipientes de cristal con sus patés de verdadero hígado graso de pato, sus bandejas con picadillo de cerdo, aquellos cerdos que sus cuñados engordaban a base de berza y patatas cocidas, y que él condimentaba con un pimentón traído expresamente de La Rioja; o aquel picadillo de ternera con el genial añadido de higaditos de pollo pasados por el aceite de oliva virgen, el cognac y unas gotas de



limón; su pastel de caza; su jamón dulce trufado; los botes de reluciente cristal con sus perdices en escabeche...

-¡Seve! ¿Se encuentra bien? ¡Que se nos ha quedado absorto! -exclamó Amparo mientras le zurrandeaba el brazo con fingida alarma; pero la mujer apenas podía disimular su regocijo.

-No. Es que le baila tanto número en la cabeza que no me extraña -dijo Uriarte, mirando cómplice a la mujer y exhibiendo una vez más su peculiar sonrisa.

Mientras, en la cercana ría, por los alrededores del mercado continuaba el incesante vuelo de las gaviotas.

□

JOSE IGNACIO URRUTIA. 47 años. Escritor bilbaíno. Autor de varios cuentos y de la novela "ZIG-ZAG UN DIA"
FOTOS: **JOSE ANTONIO RUIZ BUTRON.** Todas las fotos están realizadas en el Mercado de la Ribera.